TERCERA JORNADA.

Delicadísima azucena, en la cual se recrea el mismo Dios: María, María Santísima, ya veo con qué humildad y resignación caminas en esta jornada, acompañada de tu castísimo esposo, que sufre por no poder aliviar tus padecimientos. Pero tú, tierna niña, le consuelas, y al reposar en una triste cueva, te manifiestas gustosa, para enseñarnos que debemos recibir con humildad y resignación las penas de la vida, si queremos hacernos dignos de las misericordias de tu Santísimo Hijo en el cielo. Amén.

CUARTA JORNADA.

Criatura inocente y santa Madre del Divino Verbo que estando tan cerca á dar á luz al Redentor del mundo, sufres con tanta humildad las fatigas de ese penoso viaje, y llenas de resignación te vienes á descansar esta noche en el rincón de un coaral de ovejas, las cuales te rinden más veneraciones que los mismos hombres por quienes tanto sufres. enseñanos, Señora, á sufrir las adversidades con paciencia, para obtener el reino celestial de todos los justos. Amén.

QUINTA JORNADA.

Cándida paloma, Refugio seguro de los desgraciados hijos de Adán. Tú eres el único consuelo en nuestros trabajos, porque nos amas como á verdaderos hijos, pues por no-
sotros tienes que pasar esta noche á campo raso para continuar después tu largo viaje. Te rogamos nos concedas una santa conformidad en nuestra muerte, para gozar de Dios en la gloria. Amén.

SESTA JORNADA.
¡Oh Virgen de las Virgenes! ¡Con qué resignación aceptas tus terribles trabajos, caminando á pie y durmiendo esta noche en un triste rincón, tan despreciable aún para las mismas bestias! Infunde en mi alma tan santo ejemplo, para agradar á Dios y a tí, Santísima Madre mía. Amén.

SETIMA JORNADA.
¡Soberana Emperatriz de los cielos! ¿Quién podrá conocer tu grandeza, tu hermosura y tus brillantes virtudes? ¿Quién podrá amarte como dignamente lo mereces? Si los hombres te aman, cómo no tienes donde reclinarte esta noche, sino un despreciado lugar? Dános tu bendición, Señora, y enséñanos á amar á Dios y á tí con un verdadero y santo amor. Amén.

OCTAVA JORNADA.
Amantísima Madre de Dios, ¡cuánto dolor no debe causaros el vors en esta jornada, resistiendo el aire, el frío y las crudas nevadas del invierno, siendo tú tan tierna y delicada como la más pura entre todas las criaturas! Y así sólo encontráis albergue entre